Entrevista: María de las Olas Palma García.

Experiencia en un campo de refugiados

CARMEN VERDE Y ÓSCAR CEBOLLA

¿Qué te motivó a ir a ayudar a un campo de refugiados y cómo fue la forma de llegar allí? ¿Cómo era el campo de refugiados y la situación con la que te encontraste?

Justamente antes de salir les dije a un grupo de amigas y compañeras: "El trabajo social, entre otras motivaciones, me lleva allí". Con esta frase resumía la razón fundamental por la que decidí hacer por mí misma lo que quienes nos representan y con nuestros recursos, no estaban haciendo. Quise ofrecer una respuesta concreta, proactiva y de cambio ante la realidad de las personas refugiadas, en coherencia con mis principios y con mi experiencia de lo que es el trabajo social.

He estado en un campo de refugiados en Grecia, concretamente en Sounio, al sur de la península. Organicé mi estancia en el campo a través de una de las organizaciones que en él estaban autorizadas a trabajar. Se trata de un campo oficial, militarizado, en el que únicamente es posible la entrada de personas externas previa autorización. La organización con la que he colaborado se llama OCC (Open Cultural Center) surgida en Idomeni (en la frontera con Macedonia) como respuesta para la atención socioeducativa de niños y jóvenes. En Sounio había alrededor de 200 menores, niñas y niños víctimas de la guerra en Siria, quienes han nacido y crecido prácticamente sin salir de sus casas y mucho menos para asistir al colegio. El trabajo con ellos se justificaba por sí solo.

¿Qué fue lo que más te impactó? ¿A qué tópicos y prejuicios tuviste que enfrentarte?

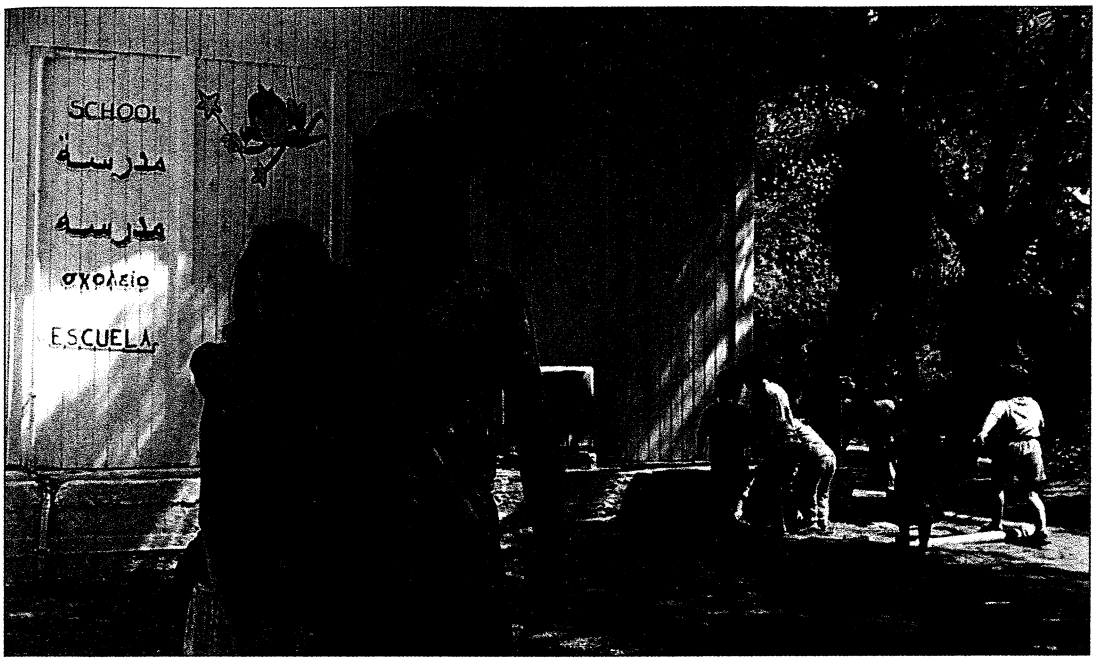
A pesar de saber a lo que iba, me encontré inmersa en una realidad absorbente que te envuelve. Convives 24 horas con ellos y compartes sus propias historias, las pasadas, el presente y el no futuro. De todo ello creo que me dejé empapar.

De sus historias pasadas, me impactó de manera especial la realidad de los jóvenes que allí estaban. La mayoría de ellos, de entre 18 y 25 años, habían llegado a Grecia solos, sin familia. Salieron de Siria para no ser captados por ISIS, para no matar o morir en la guerra. Jóvenes valientes que sin embargo, al llegar a esta situación se muestran frágiles, sin futuro. Coincide que mi hijo Pablo, de 20 años, estuvo también conmigo en el campo y claramente pude comprobar -fuera de cualquier tópico- que lo único que les diferenciaba es un papel que decide la nacionalidad de cada uno, en todo lo demás, eran jóvenes con las mismas necesidades, expectativas, proyectos, etc.

En relación a las experiencias del día a día, del presente del campo, reconozco que lo que más me costó gestionar fue mi comprensión y posición ante la realidad de las mujeres. Son muchas y muy necesarias, pero parecen invisibles. Las mujeres que viven en este campo de refugiados son la mayoría madres de familias numerosas, bastante jóvenes, y ya marcadas por el sufrimiento. Muchas de ellas han visto morir a sus hijos, han abandonado sus casas, y han ido dejando por el camino parte de sus familiares, que están en otros países esperando poder volver a reencontrarse. Son el soporte fuerte y necesario para seguir en esta cruda realidad, pero a la vez son casi invisibles para todos los demás. En silencio y bajo el hiyab, viven el olvido en primera persona. Son víctimas, por un lado de la invisibilidad del refugiado -quienes sienten que se les ha dejado de ver desde fuera-, y a la vez son reflejo claro de la invisibilidad de la mujer en la cultura musulmana -en la que nunca se les ha dejado ver-. Me impactó esta doble invisibili-

Servicios Sociales y Política Social (Agosto-2016). XXXIII (111), 116-121. ISSN: 1130-7633

Interview: María de las Olas Palma García.



Con mi hijo Pablo en el Campo de refugiados de Sounio.

dad: ser refugiada y mujer en un mundo insolidario y en una cultura machista.

Por último, en relación al no futuro, lo que desde el primer momento impacta y se constata es la indefensión y olvido en la que vivan estas personas. Las familias alojadas en este campo de refugiados llevaban ya cinco meses cuando yo llegué. En ese tiempo sólo se les había permitido pedir un PRE-REGISTRO con una vigencia de entre una semana a un año, para posteriormente dejarles pedir un REGISTRO, con el que quizás se les permitiera presentar una solicitud de ASILO. Del pre-registro al registro, ¿hasta un año? Del registro al asilo, ¿cuánto y cómo más? Esta situación conocida por todos y -aun cuando no soy experta en derecho internacional- de dudosa legalidad, deja a estas personas en una vida sin fechas, sin tiempos, si futuro, en definitiva sin derechos. Siendo claros en el término, ni siquiera son personas refugiadas ya que no se les ha ofrecido aún su derecho a refugio, son personas olvidadas y atrapadas.

Decía al principio que sabía a lo que iba, y si he de reconocer algún prejuicio que llevara desde casa, éste es sin duda el de la inoperancia e hipocresía de nuestros gobiernos, lo que he comprobado desde la propia experiencia. Deja, por tanto, de tener categoría de posible prejuicio, para pasar a ser una realidad constatada.

Desde el punto de vista profesional: ¿Qué podemos aportar las trabajadoras sociales ante estas situaciones de emergencia social? ¿Coincidiste con otras profesionales? ¿Cuáles eran sus impresiones? ¿Estaban coordinadas de alguna forma?

Las trabajadoras sociales hemos de aportar en experiencias de estas características -hay otras

muchas situaciones de inhumanidad en el mundo- la concepción global e integral de las respuestas que se lleven a cabo. Por un lado, el trabajo de acompañamiento que se puede realizar en un campo de refugiados (de olvidados) ha de ser considerado como una acción dirigida a las consecuencias, necesaria pero parcial. Hay que trabajar con enfoque global desde las causas, y para ello se han de poner en marcha mecanismos de transformación social en cada uno de los espacios referentes en los que como profesionales nos movemos. Como trabajadora social, ni comencé mi compromiso con la justicia social al llegar a Grecia, ni ha terminado cuando he vuelto a mi realidad.

Por otro lado, en situaciones de emergencia social como la provocada en esta crisis humanitaria, existe el riesgo de actuar olvidando la autonomía y protagonismo de las personas a las que se acompaña. La urgencia con la que se han puesto en marcha respuestas profesionales y solidarias, ha provocado que muchas de esas respuestas se hayan diseñado y llevado a cabo sin contar con las propias personas que buscan refugio. En mi experiencia he podido comprobar cómo en ocasiones se ha decidido por ellos, se ha sustituido lo que ellos mismos podían hacer, y en definitiva se ha aumentado su sensación de dependencia e indefensión con prácticas que pueden rozar el mero paternalismo. Ante todo ello, el trabajo social ha de aportar una visión integral y protagonista de la persona, que ponga en el centro de todas las acciones sus necesidades y decisiones y no las de otros.

Aun con estos riesgos, en el campo de refugiados he coincidido con otros profesionales, fundamentalmente de la educación, con los que sí que he podido compartir acciones con intención de ser transformadoras para los propios niños, para sus madres, para las familias en general. Señalo sobre todo la intención de estas acciones, ya que una de las mayores dificultades en estos campos es la transitoriedad de las respuestas de quienes van y vienen, frente a quienes viven y se quedan allí. Esto obliga a un ejercicio total y exquisito de coordinación entre organizaciones, que he comprobado que se plantea como objetivo central de la intervención, pero que igual que ocurre en cualquier escenario de grupos de trabajo, no siempre se realiza de forma efectiva.

Políticos buscando la foto; ONGs que acuden exclusivamente cuando la Unión Europea decide que se destinen fondos a través de ellas, y el denominado turismo humanitario[1] planteado por agencias y entidades que no está pensado como un beneficio para las comunidades. ¿Qué daños podemos causar de manera inconsciente?

En esta situación, como en tantas otras en las que nos movemos, es posible encontrar personas, personajes e intereses de todo tipo. Esta realidad no es diferente al resto e incluso puede tener mayores lagunas por la precipitación, falta de planificación y urgencia con la que ha surgido. Quiero pensar, aun así, que el tiempo y el rodaje ya pasado está permitiendo mayores cotas de calidad y dignidad en lo que se hace y, sobre todo, en cómo se hace. Es bueno que pase el tiempo, pero sin caer en el conformismo, recuerdo que los campos de refugiados son solo las consecuencias, y que incluso no debieran existir, si se abrieran abrieran fronteras y se garantizara el derecho a refugio de todas las personas. En cualquier caso, en mi experiencia particular, he encontrado mayoritariamente personas comprometidas, sin intereses personales en lo que hacían, aunque sí quizás, con poca capacidad para gestionar las emociones.

Interview: María de las Olas Palma García.

Jóvenes refugiados.

Pensando en los posibles daños inconscientes que se pueden causar, creo que es necesario reflexionar sobre esto último que he señalado. La intensidad de la experiencia que se vive provoca que las emociones puedan experimentarse de manera sobredimensionada. Acompañar a las personas implica compartir afectos, generar relaciones, sentir emociones, etc. Sin embargo en la situación de transitoriedad y vulnerabilidad en la que se produce este acompañamiento, el profesional o "voluntario" que acompaña ha de saber poner límites a dichas emociones, siendo responsable de no contribuir a un mayor vacío cuando la relación finaliza o crear expectativas que no puedan ser alcanzadas. Me consta que es difícil mantener el equilibrio entre acompañar y saber distanciar -yo misma lo he vivido con dificultad- aunque estoy convencida de que hay que hacerlo por responsabilidad de quienes solo vamos de paso. Mi objetivo en todo momento fue ser útil pero prescindible a la vez. Yo estuve allí, pero mi ausencia no debe ocasionar un daño añadido a nadie de los que allí se quedaron, aunque a mí aún me duela. El trabajo social creo que me ha ayudado a ello.

Pero más allá de estos daños "inconscientes", me preocupan e indignan sobre todo, los que son "conscientes" y se siguen produciendo. Por un lado, me preocupa la utilización mediática del dolor y el sufrimiento de los menores, aun cuando se realice para visibilizar esta realidad y se crea que con ello se genera una mayor conciencia social. Esto último no solo no es del todo cierto -el propio padre de Aylan declaraba al año de su muerte

notas

[1] Ver la entrevista a Francesc Mateu, director de Oxfam Catalunya que llega a cuestionarse: ¿Podrías ir a un campo de refugiados sin cámara de fotos? http://www.lavanguardia.com/vida/20160827/404219908561/entrevista-francesc-mateu-director-oxfam-intermon-catalunya.html 27.08.16

que su fotografía no había servido para nada- sino que construye una sociedad educada de forma artificial y forzada en una conciencia que realmente no es transformadora. Por otro lado, para visibilizar esta realidad se deberían buscar medios y gestos que no necesiten hacer leña del sufrimiento de los menores y, sobre todo, que no atenten a su dignidad presente ni futura.

Por último, el grueso de daños "conscientes" que se ha producido y se sigue produciendo hacia las personas refugiadas ha quedado escenificado en la cumbre de las Naciones Unidas sobre Refugiados y Migrantes celebrada el pasado 19 de septiembre. El documento final adoptado, que no es vinculante y cuyos principios están ya contemplados en las legislaciones nacionales -leyes para no cumplir-, será un papel más de acuerdos de apariencia a los que la UE y los gobiernos de sus estados miembros nos tienen desgraciadamente acostumbrados. Recuerdo que Europa solo ha reubicado al 3% de los refugiados comprometidos hace un año. Esta falta de voluntad política está provocando irreparables daños "conscientes" al dejar sin derecho de asilo, de libre circulación y, en definitiva, en la máxima desprotección a 65 millones de personas desplazadas en el mundo.

Han sido muchas las voces en nuestra profesión que denuncian que el voluntariado no puede sustituir las obligaciones de los Estados para tratar de solucionar los grandes conflictos que afectan a todas las sociedades. "Ni caridad ni asistencialismo cuestionan las causas, de manera que ni se buscan éstas ni se intenta transformar el sistema social para acabar con el problema" decía la Presidenta del Consejo General del Trabajo Social, Ana I. Lima, en varias de sus comparecencias. ¿Qué opinas al respecto?

En todo momento en mi estancia en el campo, antes y después de ello, he querido dejar claro que no he estado allí como "voluntaria". La idea del voluntariado, efectivamente, ha de contextualizarse en un espacio de derechos, no de caridad, y en estas experiencias es muy fácil caer en la complicidad con las estructuras que mantienen las injusticias, si no se exigen y reclaman las responsabilidades a quienes corresponden, a los estados y a las instituciones sociales creadas para atenderlas. En mi caso, puse especial empeño en decir que "no estoy aquí voluntariamente, estoy obligada a ello, ya que quienes han de hacerlo, representándonos y con nuestros recursos, no lo hacen".

Aun así, he de reconocer que el ambiente creado alrededor de toda esta realidad es confuso respecto al papel del voluntariado y que muchos de los "voluntarios" -ellos si se autodenominan así- han ensalzado la atención inmediata olvidando la denuncia, yendo solo a las consecuencias sin cuestionar las causas. Las palabras sí importan, y hablar de voluntariado en esta situación, construye un relato distorsionado de la realidad: muchos que "ayudan", muchos que "reciben agradecidos" y muchos que "mantienen su irresponsabilidad política".

¿Cómo ha sido el regreso a esta "zona de confort" que es España, libre (en estos momentos) de conflictos bélicos? ¿Existe empatía real entre nosotros ante las tragedias de nuestros vecinos? ¿Las imaginamos como posibles en nuestro territorio?

En palabras de Víctor Hugo, creo que "entre el gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente, hay cierta solidaridad vergonzosa". Obviamente me incluyo yo misma en este escenario de solidaridad vergonzosa, pero creo que hemos de

Interview: María de las Olas Palma García.

ser claros con nuestras posturas. Estamos ante un debate muy viejo sobre derechos, ¿quién tiene derecho a tener derechos? ¿quién decide entonces los derechos de los demás? Y por mucho que removamos nuestras prácticas solidarias, empaticemos, nos indignemos, etc. No seremos justos con el resto del mundo mientras no nos preguntemos ¿a qué estamos dispuestos a renunciar? Además, observo con tristeza en el discurso político, mediático y social, que estamos reaccionando ante este debate actual sobre los derechos de los refugiados porque son "personas como nosotros que se han visto obligadas a dejarlo todo". Al ser como nosotros, no son como los millones de migrantes económicos que huyen desde hace décadas del hambre y de la muerte por empobrecimiento, éstos no están en el centro y la preocupación del debate, aunque estén en el centro de nuestras ciudades, en el centro de África o en lugares tan próximos como Melilla.

En resumen, esta experiencia me ha servido para reafirmar la necesidad del compromiso proactivo, crítico y transformador con la justicia social, con los derechos humanos para todos y contado con todos. Compromiso inherente al trabajo social.

Datos de la entrevistada:

María de las Olas Palma García
Trabajadora Social. Socióloga Doctora por la Universidad de Málaga.
Profesora del área de Trabajo Social y Servicios Sociales